

Remaking Radicalism, Dan Berger y Emily Hobson editores. (pp. 331-334)

3.C.9.

Angela Davis

"Discurso principal pronunciado en el evento de recaudación de fondos del decimoquinto aniversario la CAAAV en la ciudad de Nueva York " (2001)

En este discurso, pronunciado poco más de dos semanas después de los atentados del 11 de septiembre, Angela Davis abordó la importancia de distinguir el duelo del nacionalismo. Habló en una reunión para celebrar el decimoquinto aniversario de CAAAV: Organizing Asian Communities, un evento que se había planeado antes del 11 de septiembre y que ahora tenía lugar en un contexto político alterado. Fundada en 1986 como Comunidades contra la Violencia Antiasiática, CAAAV organiza a las comunidades de inmigrantes asiáticos de bajos ingresos en la ciudad de Nueva York en torno a temas que van desde la brutalidad policial hasta la vivienda y los derechos de los vendedores ambulantes.

Mientras las banderas de Estados Unidos ondean con el telón de fondo de frases tan evocadoras como "nosotros como nación" y "nosotros como estadounidenses" (cuando lo que realmente se quiere decir es "nosotros como ciudadanos de Estados Unidos"), CAAAV nos obliga a responder de una manera que supere el marco fácil y peligroso del nacionalismo estadounidense, con sus himnos belicosos y su odiosa exclusión de quienes no son o no parecen ciudadanos. Se trata de un nacionalismo que requiere líderes en quienes depositar la responsabilidad de la salvación nacional.

Así que una cuestión importante para la gente de este país—quienes hace unas semanas no aceptaron tan fácilmente a George W. Bush como su líder (o los neoyorquines que no aceptaron tan fácilmente a Giuliani como su líder)—es cómo mantener una postura crítica hacia el liderazgo actual. Esto requiere que mantengamos una memoria histórica crítica. Hemos oído a los medios de comunicación indicar muchas veces que, después del 11 de septiembre, las cosas nunca serán iguales. Sí, esto es cierto: nunca más podremos asumir que Estados Unidos es invulnerable. Pero no podemos asumir que todo ha cambiado. El ataque al World Trade Center y al Pentágono no anula la historia del militarismo estadounidense. No encubre el hecho de que las personas de ascendencia japonesa fueron recluidas en campos de internamiento durante la Segunda Guerra Mundial. No resta significado a la guerra contra Vietnam. Y no debe camuflar el hecho de que Estados Unidos contribuyó significativamente a crear las condiciones que condujeron a la violencia del 11 de septiembre. No debería cegarnos el hecho de que—si Osama bin Laden es realmente el culpable y si los talibanes le apoyan a él y a su organización—Estados Unidos apoyó tanto a bin Laden como a los talibanes contra la antigua Unión Soviética. Esto no

debe hacernos olvidar que Estados Unidos se ha negado a escuchar las desesperadas súplicas de las mujeres afganas intentando resistirse a las políticas patriarcales de los talibanes.

¿Por qué George W. Bush ha surgido de repente como una figura heroica, cuando no hace mucho tiempo, los resultados de las elecciones fueron severamente cuestionados en todo el país y en todo el mundo? Miles de personas inocentes fueron asesinadas el 11 de septiembre, y para muchos de nosotros esta pérdida es una experiencia personal. Aquellos de nosotros que no tuvimos una pérdida personal directa sentimos que nosotros o nuestras familias podríamos estar fácilmente entre los fallecidos. Pero es el momento de distinguir entre la gente de este país y el gobierno y las instituciones que controlan el país. Es correcto reclamar la inocencia de quienes murieron, pero cuando miramos a las instituciones y líderes que gobiernan, no encontramos la misma inocencia.

El atentado del 11 de septiembre ha sido representado como un ataque contra el capitalismo global y a la bandera de Estados Unidos como su símbolo. Pero debemos tener en cuenta que muchos de quienes murieron ya eran objeto de la violencia cotidiana del capitalismo global. Este no es el momento de ondear la bandera estadounidense, de reivindicar la superioridad de Estados Unidos y de los ciudadanos estadounidenses. Este no es el momento de reivindicar la preeminencia de la civilización occidental, como hizo el miércoles el primer ministro italiano Silvio Berlusconi. En sus palabras, según el New York Times, "debemos confiar en la superioridad de nuestra civilización, que consiste en un sistema de valores que ha dado a la gente una amplia prosperidad en los países que lo abrazan y garantiza el respeto de los derechos humanos y la religión". Continuó diciendo que Occidente "está destinado a occidentalizar y conquistar nuevos pueblos". Berlusconi también implicó a los manifestantes antiglobalización de Génova en un proyecto terrorista relacionado con la violencia del 11 de septiembre. Lo importante de las declaraciones de Berlusconi es que dio voz al pensamiento civilizatorio que se esconde detrás del discurso oficial de hoy. Mientras el atentado se describe repetidamente no sólo como un ataque contra "Estados Unidos" sino contra la "civilización", Bush hace referencia a "sacar a los terroristas de los agujeros" y "seguirles la pista en sus cuevas".

Por eso [la senadora] Dianne Feinstein se siente justificada al pedir una moratoria de seis meses para los visados de estudiantes. Pero no olvidemos que la supuesta superioridad de la libertad estadounidense significa la opresión para los pueblos del sur, y cuando es conveniente, también excluye a los trabajadores, ciudadanos y no ciudadanos por igual. El gobierno está dispuesto a rescatar a las compañías aéreas, pero éstas invocan sus cláusulas de emergencia para evitar dar indemnizaciones a los trabajadores despedidos.

Quiero sugerir que debemos tomar en serio nuestras respuestas emocionales, es decir, debemos entenderlas como emocionales y no como la base de la política exterior, no como la base de nuevas formas de pensar sobre poblaciones, culturas y religiones enteras. Algunos de ustedes recordarán las respuestas iniciales al atentado del edificio federal de Oklahoma City. En una reciente entrevista en la revista Z, Noam Chomsky señalaba:

Quando un edificio federal fue destruido en Oklahoma City, hubo llamados inmediatos para bombardear Oriente Medio. Éstos terminaron cuando se descubrió que el autor pertenecía a la

milicia de ultraderecha estadounidense. La reacción no fue destruir Montana e Idaho, donde tienen su base los movimientos, sino buscar y capturar al autor, llevarlo a juicio y, sobre todo, explorar los agravios que hay detrás de esos crímenes y abordar los problemas. Casi todos los delitos—ya sea un asalto en la calle o atrocidades colosales—tienen razones, y normalmente encontramos que algunas de ellas son graves y deben ser abordadas. Las cosas no son diferentes en este caso, al menos para quienes se preocupan por reducir la amenaza de la violencia terrorista en lugar de intensificarla.

Aunque ha habido muchas peticiones oficiales contra la elaboración de perfiles raciales, también ha habido innumerables ataques contra personas e instituciones a quienes se asocia a los individuos y organizaciones que pueden ser responsables de los ataques terroristas en Nueva York y Washington. Los musulmanes, los árabes y los sudasiáticos se han llevado la peor parte de este perfil racial. Se han atacado mezquitas. Los sudasiáticos han sido asesinados. Se ha expulsado de los aviones a personas consideradas descendientes de Oriente Medio sin más motivo que su aspecto físico. Esto significa que tendremos que reflexionar más profundamente sobre las formas en que el racismo estimula el militarismo y viceversa, cómo el militarismo promueve el racismo.

Debo decirles que de los muchos miles de candidatos por quienes he votado en mi vida, hay una persona que siempre estará por encima de todos los demás. He votado por Barbara Lee para que represente al distrito del Congreso en el que resido y quiero felicitarla públicamente por haber tenido el coraje de oponerse al militarismo.

La resolución sobre el uso de la fuerza fue aprobada por 98-0 en el Senado y por 420-1 en la Cámara. Lee fue la única persona que votó en contra de dar a Bush un cheque en blanco para la guerra. John Lewis dijo que "varios otros miembros también querían estar ahí, pero al mismo tiempo, como yo, no querían ser vistos como blandes hacia el terrorismo".

Barbara Lee nos ha recordado que es precisamente en momentos de crisis como éste cuando debemos aferrarnos a nuestros principios, cuando debemos atesorar nuestra memoria política. En este momento de intenso luto comunitario, debemos ser conscientes de la facilidad con la que las emociones colectivas pueden ser manipuladas políticamente hacia fines que promueven más violencia y racismo. Violencia, como señala el CAAAV, que también será intensificada por el INS [Servicio de Inmigración y Naturalización]—la agencia federal que tiene más agentes armados que cualquier otra, incluido el FBI. Hay un número incontable de personas de ascendencia del Medio Oriente que actualmente están retenidas por el INS, que se han unido a los miles de otros que languidecen en centros de detención o en cárceles y prisiones. Dado que el INS es un componente importante del complejo industrial penitenciario, con evidentes vínculos con el complejo industrial militar, debería estar más claro que nunca que los activistas penitenciarios deben unirse a los activistas que trabajan contra la política y las prácticas racistas de inmigración.

En este contexto, debo mencionar el reciente nombramiento de Tom Ridge para dirigir la recién creada Oficina de Seguridad Nacional. Imaginemos ahora que Condoleezza Rice y Tom Ridge están a cargo de la seguridad del país. Ridge ha firmado más de doscientos órdenes de ejecución

desde que se convirtió en gobernador de Pensilvania en 1995, incluyendo dos órdenes para Mumia Abu-Jamal. No hay que ignorar las resonancias fascistas de esta noción de "seguridad nacional", ni el hecho de que se trata de un retroceso a los campos de internamiento para descendientes de japoneses y un retroceso a la era McCarthy.

La invocación de la libertad como lo que se pretende defender con la anunciada guerra contra el terrorismo es el tipo de ideología que ha conducido históricamente a ataques contra innumerables personas, contra sus cuerpos y contra sus derechos. Cuando oigo la palabra "libertad" emanar de la boca de Bush, de la boca de los Bush, me pregunto: ¿la libertad de quién y la libertad hacia qué fin? ¿La libertad del mercado? ¿Libertad para contratar a mujeres filipinas con un salario inferior al mínimo para que presten servicio doméstico a los ricos? ¿Libertad para negarse a enviar una delegación de alto nivel a la Conferencia Mundial contra el Racismo? ¿Libertad para que la delegación abandone la conferencia y, por tanto, se niegue a contribuir a trazar un rumbo mundial para erradicar el racismo, incluido el racismo contra los palestines perpetrado por el gobierno israelí? ¿Incluyendo las reparaciones por el daño histórico y actual creado por la esclavitud y por las prácticas colonialistas genocidas contra los pueblos indígenas de todo el mundo?

Este no es el tipo de libertad que la mayoría de nosotres quisiera apoyar. Si queremos mirar hoy hacia un mundo en el que podamos practicar la libertad, la principal cuestión a la que nos enfrentamos hoy es cómo reconstruir un fuerte movimiento antiguerra con una conciencia antirracista igualmente fuerte. En Sudáfrica, en la Conferencia Mundial contra el Racismo, mucha gente aprendió que, en lugar de mirar hacia el gobierno estadounidense, debían buscar el liderazgo en otros lugares de Estados Unidos, en organizaciones como Third World Within, como el Women of Color Resource Center del Área de la Bahía de San Francisco (mi propia delegación) y, por supuesto, en CAAAV: Organizing Asian Immigrant Communities.